



Ana Cobos Cedillo. Orientadora del IES Ben Gabirol de Málaga. Presidenta de COPOE. Profesora de la Universidad de Málaga.

Pedagogía del amor

Hace unos años tuve la suerte de leer el libro de D. Miguel de Unamuno, «Amor y Pedagogía» donde se planteaba el amor y la pedagogía como una dicotomía, estableciéndose un paralelismo entre la educación y la disciplina frente al amor entendido como laxitud y sobreprotección. Desde que se publicara esta novela en 1902 han pasado algunos años y han cambiado mucho los tiempos.

Afortunadamente, la Pedagogía ha evolucionado mucho desde entonces.

En la actualidad, el contexto social y educativo se ha hecho muy complejo y no podemos establecer apenas dicotomías en ningún asunto relativo a la educación porque entre el blanco y el negro, la gama de grises se ha vuelto infinita.

Ahora es comúnmente aceptada la importancia de la educación emocional por el sistema educativo. Sabemos que eso que tradicionalmente hemos llamado «inteligencia» solo se refiere a uno de los tipos de inteligencia: la lógica-intelectual y que existen más tipos, pues ya no hablamos de «inteligencia», sino de «inteligencias», y se necesita de varias de ellas para conseguir el desarrollo de las potencialidades de las personas para que estas puedan disfrutar de bienestar en la vida, para eso debe servir la educación, para contribuir a que las personas sean felices.

En la ceremonia de entrega de los premios Goya en febrero de 2019, el actor Jesús Vidal dio las gracias a sus padres por haberle enseñado a «ver la vida con los ojos de la inteligencia del corazón». En el siglo XXI, la inteligencia del corazón y en consecuencia la educación emocional es uno de los retos prioritarios del sistema educativo y del mundo con respecto a los jóvenes.

En nuestra sociedad postmoderna y desarrollada se está generalizando la insatisfacción, la depresión y los trastornos psicológicos. A pesar de que las necesidades primarias recogidas en la pirámide de Maslow están cubiertas, se están poniendo de manifiesto nuevas necesidades que obligan a las personas a no cesar en su empeño de buscar la felicidad y en los centros escolares hay que tomar conciencia de ello.

Un modelo de sistema educativo basado en el currículo académico, en tramos rígidos de sesenta minutos, en pruebas de evaluación basadas en la memoria y en metodologías expositivas donde el estudiante debe contribuir al orden desde su silencio, pasividad y falta de crítica, es un modelo muy caducado, anacrónico y sin sentido para educar en el mundo de hoy y menos aún para preparar para el futuro.

En el siglo XXI, las necesidades a las que debe dar respuesta la educación reglada son las que se derivan de asumir que existen inteligencias múltiples para afrontar la vida, así como las que se siguen de valorar que la gestión de emociones juega un papel determinante para el bienestar de las personas.

Enseñar y aprender a mirar con los ojos del corazón, descubrir el lugar de cada persona en el mundo, saber cómo hacer para sentirse bien y cómo contribuir también al bienestar de los demás, esos son los retos.

Para ello hay que responder a la pregunta: ¿Cómo nos sentimos bien? Conocer la respuesta es la clave: saber sentirnos bien, así como saber afrontar desde este sentir anímico las adversidades. Y surge otra cuestión: ¿Qué papel tiene la inteligencia del corazón? ¿Cómo se relaciona el corazón con la inteligencia y la inteligencia con el corazón? ¿Acaso en la dicotomía que apuntaba Unamuno?

Mi amigo Juanjo me contó una historia muy hermosa que me hizo reflexionar sobre todo esto, la que quiero compartir. Resultó que su padre, tras quedarse viudo, contrajo la enfermedad de Alzheimer. Su hija le llevaba cada día a un Centro de Día donde coincidía con otra señora, también con el mismo mal, a la que dejaba en la residencia su marido cada jornada. El padre de mi amigo y la señora pasaban la mañana juntos, apenas hablaban, solo paseaban, se acariciaban las manos y se miraban, se miraban con los ojos del corazón, sin que al parecer mediara lo más racional y cognitivo. Al parecer, verlos juntos era un placer, una escena muy hermosa, algo así como amor libre de prejuicios y pensamientos, amor en estado puro. ¿Puede ser ese un estado de felicidad?. Una conexión directa de corazón a corazón proporciona una intensa sensación de plenitud. Una suerte que hemos podido experimentar quienes hemos trabajado con algunos estudiantes muy afectados de diversidad funcional cognitiva. Aunque parezca asombroso, hay muchos que consideran que todo esto es baladí en el sistema educativo y que podemos prescindir de ello en pro de los aprendizajes del *trivium* y el *quadrivium*.

Es muy preocupante que nuestros niños y jóvenes sigan aprendiendo en el sistema educativo contenidos que memorizar para volcar en un examen, tal como en el siglo XIX, sin que tengan ninguna significatividad ni repercusión en su vida y que así pasen las horas, las semanas, los años, mientras siguen sin recursos ni estrategias para desarrollar los aprendizajes imprescindibles para construir la propia vida y la felicidad en ella.

Es inquietante que el alumnado, tras décadas en el sistema educativo, domine las formas de hacer un examen, pero no conozca el modo de afrontar una frustración, la sensación de falta de aceptación social o un desamor, porque estas sí son las cosas que tienen importancia en su vida, tanto en el presente como en el futuro.

El sistema educativo tiene la doble responsabilidad de formar tanto a profesionales con cualificación para desempeñar un puesto productivo en la sociedad, como a personas que sepan gestionar su vida y convivir consigo mismos y con los demás. Pero, ¿cómo hacemos esto?, la respuesta es evidente: de persona a persona. Trabajar en educación requiere de un compromiso social y de un equilibrio personal y emocional del que apenas hablamos y que en absoluto se tiene en cuenta en la selección del profesorado. Es absolutamente necesario tener en cuenta que el instrumento del profesional de la educación es su propia persona, con su trayectoria y las experiencias que le han construido como ser humano porque tiene la responsabilidad de entrar en la vida de otra persona: su alumna/o. La influencia de un docente puede ser determinante para el estudiante, pues más allá de los contenidos que pueden encontrarse a golpe de clic, cada profesor/a debería asumir el compromiso de enseñar cómo aprovechar la vida para sentirse bien y compartir el bienestar con los demás. Este es el reto, el de la Pedagogía del amor, del cuidado, del respeto por el otro, del compromiso y la responsabilidad compartida por el bienestar común. Ahora, más de cien años después, podríamos decirle a D. Miguel que Pedagogía sí, pero amor también.